Seré leyenda

Juan Carlos Pereletegui

CC by-nc-sa Juan Carlos Pereletegui
loslibrosdebalmenhorn@gmail.com
DOCUMENTO FIRMADO
ELECTRÓNICAMENTE

Canta, oh diosa, la cólera del Pelida
Aquiles; cólera funesta que causó
infinitos males a los aqueos y precipitó al
Orco muchas almas valerosa de héroes...
La Ilíada
Homero

Se cierra el círculo. Un nuevo terror
nacido de la muerte, una nueva superstición
que invade la fortaleza del tiempo.
Soy leyenda.
Soy leyenda
Richard Matheson

El anciano Príamo fue el primero que con sus propios ojos le vio venir por la llanura, tan resplandeciente como el astro que en el otoño se distingue por sus vivos rayos entre muchas estrellas durante la noche oscura y recibe el nombre de perro de Orión, el cual, con ser brillantísimo, constituye una señal funesta, porque trae excesivo calor a los míseros mortales; de igual manera centelleaba el bronce sobre el pecho del héroe mientras éste corría. Gimió el viejo, golpeóse la cabeza con las manos levantadas y profirió grandes voces y lamentos, dirigiendo súplicas a su hijo. Héctor continuaba inmóvil ante las puertas y sentía vehemente deseo de combatir con Aquiles.

Mientras el aqueo avanzaba a grandes zancadas hacia su enemigo, la diosa Atenea, la cruel, la de los ojos de lechuza, la que incita a la guerra y el saqueo, le hablaba. Atenea era la protectora e inspiradora del guerrero. Mitad humano, mitad divino, en muchos aspectos Aquiles era obra suya: no tenía ni la debilidad compasiva de los mortales, ni la claridad de juicio a largo plazo que ha menudo reprime y mitiga los actos de los dioses. Por obra de Atenea, Aquiles era una perfecta máquina de guerra, un arma terrible que podía usar a su capricho y en el alma de Atenea no había deseo más intenso que la total destrucción de Troya pues aborrecía a la estirpe de Príamo desde que Paris eligió a Afrodita como la más bella de las diosas.

—Ha llegado el momento de saldar cuentas con Héctor —le hablaba la diosa al héroe—, hoy es el día que Héctor, domador de caballos, se adentrará en el Averno y se hará justa venganza con el matador de tu querido Patroclo, que tanto placer te dio desde que lo poseíste siendo tan solo un

niño, un alma tierna, un dulce catamita que quedó para siempre prendado de ti, su amo dominador, siempre dispuesto a complacerte, fuera cual fuera la idea morbosa que cruzara por tu mente.

Viendo llegar al terrible guerrero, el ánimo de Héctor vacila. Terribles dudas asaltan su alma. Hoy ha conducido a sus hombres al desastre y en su corazón le parece oír los lamentos de tantas madres, de tantas esposas, de tantos hijos e hijas que dentro de las murallas están llorando al hijo, al padre, al dulce esposo que ya no calentará más el tálamo conyugal. Solo la muerte de Aquiles podrá enmendar la gran tragedia que ha caído sobre su ciudad y acallar tanto dolor que emerge de dentro de los recios muros. Sabe que es su responsabilidad como jefe de guerra y futuro rey de Troya, honores que acepta con la humildad y el sentido del deber que Príamo le inculcó, pero siempre añoró el regazo cálido de Hécuba, su madre amantísima que ahora desnuda sus pechos en lo alto de la muralla para rogarle que vuelva a ellos y no se deje matar inútilmente. Héctor no puede resistir la visión del guerrero cubierto de bronce refulgente que se aproxima como llevado en volandas por el Céfiro; el terror se apropia de sus piernas que se lanzan a la carrera casi con voluntad propia.

—Mírale como huye, aterrado de tu visión, cual si fuera la boba hija del ingenuo Licomedes que te brindó refugio escondiéndote en el gineceo, disfrazado de mujer. Bien que se lo premiaste, violando a Deidamia, su hija más querida, tantas veces como sentiste el deseo, y dejándole un nieto en agradecimiento a su generosidad y protección. ¡Ah! cuanto gozaste con la niña, cuánto te excitaban los golpes inútiles de sus pequeños puños sobre tu pecho mientras penetrabas en ella tal y como los arietes de los viriles trirremes desventran las naves enemigas, llenando de salvaje alegría a los marinos de la nave atacante y sumiendo en el dolor y la rabia y la desesperanza a los de la atacada.

El terror pone alas en los pies de Héctor y Aquiles no logra darle alcance ni con toda la velocidad que le da la taba del gigante Dámiso que su padre Peleo le injertara en el talón derecho y que la ha proporcionado el sobrenombre de «el de los pies ligeros». Los dos guerreros cruzan como meteoros fulgentes junto a los manantiales de agua que alimentan los lavaderos de la ciudad, la surgencia de uno es fría como la nieve mientras la del otro abrasa y despide penachos de vapor. Perseguido y perseguidor pasan junto a ellos una vez y una segunda, sin que la distancia se acorte

ni se alargue, intentando el uno no dejarse matar, anhelando el otro verter la sangre de su rival.

—¡Corre Aquiles, corre! —exhorta Atenea—. Dale caza, no dejes que escape, aléjale de las murallas, no permitas que busque la protección de los arqueros apostados en las almenas. Acósale como a un corderito que todavía mama la leche de las tetas de su madre, persíguele como hiciste con su hermano, el imberbe Troilo, aquel atardecer cuando lo encontraste desprevenido, abrevando los caballos fuera de la protección de las murallas. ¡Oh! ¡Qué bello efebo! La dorada luz del crepúsculo hermoseaba sus dulces facciones de impúber... hizo mal negándose a concederte los dones de su cuerpo, joven y flexible, pero en cierto modo fue mejor así, al intentar huir a lomos de los briosos corceles te brindó una cacería excitante hasta que le diste alcance en el templo de Apolo y sé bien lo que disfrutaste del muchacho antes de degollarlo sobre el altar del flechador. ¡Corre Aquiles, corre! Que el recuerdo de Patroclo de ímpetu a tus piernas.

A pesar de la arenga de Atenea, Aquiles el pelida no logra acortar la distancia que le separa de Héctor, domador de caballos. Por tercera vez cruzan por entre los bien construidos lavaderos, junto a los manantiales. El hijo de Príamo no corre por un trípode bien fundido como en los juegos funerales, tampoco por una mujer como suele acaecer después del saqueo de una rica ciudad, no, Héctor corre por su vida, corre con la ilusión de ver otro amanecer, de abrazar de nuevo a su hijo Astianacte, de gozar y hacer gozar a la bella Andrómaca y tanto empeño pone en su carrera que el de los pies ligeros es incapaz de darle alcance, hasta que Atenea, aburrida de tanto esfuerzo inútil retiene los pies del pelida.

—Contente bravo Aquiles, reserva tus fuerzas para el combate que Héctor es un fiero adversario y no te conviene afrontarlo sin resuello. Aguarda aquí y recupera el aliento que yo me encargo de que sea él quién venga en tu búsqueda.

Dicho esto, Atenea, haciendo uso de sus divinos atributos, se aparece junto a Héctor metamorfoseada como su hermano Deífobo y le habla de esta manera:

—¡Detente bravo Héctor! ¿Esa es forma de comportarse para el futuro rey de Troya? ¿Es que no sabes que dentro de las murallas no hay familia que hoy se prive del luto y que todas te hacen responsable de la tragedia? No quisiste seguir el sabio consejo de Polidamente que te pidió recoger el ejercito tras las murallas cuando Aquiles se incorporó a la batalla, furioso

por la muerte de Patroclo y ahora todos te pedirán cuentas. Peligra la primacía de la casa de nuestro padre si regresas vivo y sin la cabeza de Aquiles para aliviar tanto dolor y congoja como reina hoy en la ciudad.

—Dices bien querido hermano —responde el noble Héctor—, sé que la corona de nuestro padre no está segura sobre sus sienes, pero era mi obligación atacar a los aqueos, estaban débiles y retrocedían y era impensable que un solo hombre pudiera darle la vuelta a la batalla. Sin embargo Aquiles irrumpió en nuestras filas matando hombres como se siegan las mieses en el verano arrojándolos después, infame y despectivo, al cauce del Escamandro. Tantos bravos troyanos mató y tantos cuerpos arrojó al agua que se formó un dique y la corriente impetuosa quedó retenida provocando el enfado del propio dios del río que le reprochó a Aquiles que no le dejara circular libremente, pero era tanta la ira del pelida que se enfrento al propio Escamandro, reclamando su derecho a matar tantos hombres como quisiera y a arrojarlos allá donde mejor le viniera. Con tanta saña discutió con el dios del río que allí hubieran acabado las crueles hazañas del divino Aquiles si no hubiera bajado la mismísima Hera, que comparte el tálamo con el padre Zeus, para retener la justa furia de Escamandro. Al final hubo de intervenir el propio Zeus que ordenó al infernal Hefesto que quemara al mismísimo río si insistía en acosar a Aquiles. De esta forma el pelida quedó libre para seguir masacrando troyanos por docenas, por centenares, sin que nadie fuera capaz de hacerle frente, hasta que di la orden de retirada para salvar a los hombres que aun fuera posible.

—¡Ea hermano! —exclamó la diosa falaz—, sujeta con fuerza tus armas y aprestémonos ambos para hacer frente al cruel pelida, que a bien seguro que no podrá con dos esforzados hijos de Príamo.

Convencido Héctor de estar apoyado por su hermano Deífobo, cesa en su carrera y se vuelve hacia Aquiles que le aguarda apoyado en el astil de su lanza broncinea.

—Ya es hora de acabar con esta guerra inútil que está llenando de muerte y dolor a troyanos y aqueos por igual. Dirimámoslo en combate singular, Héctor contra Aquiles. Si te derroto, los aqueos abandonarán las costas de Troya y volverán a su tierra en las aladas naves, por el contrario, si fueras tú quien me matara, entonces Helena será devuelta a Menelao, con toda su dote, y los aqueos podréis apropiaros de la mitad de todas las riquezas de la ciudad; en ese caso, además, imploro que no des-

honres mi cadáver y que le sea devuelto a mi padre para que pueda celebrar los funerales que corresponden a su hijo.

—Nada de cuanto dices me interesa en absoluto. Ninguna honra, ningún honor quedará para el matador de Patroclo, lucharé contigo hasta quitarte el vigor de los miembros y entonces te descuartizaré y daré los trozos a los perros y lanzaré tu cabeza por encima de las murallas, para que Príamo sepa que su hijo a muerto y para que todos los que todavía piensen en defender Troya se convenzan de que ser alimento de nuestros perros es el único destino que les aguarda, pero antes verán a sus hijos vendidos en los mercados y a sus mujeres sirviendo en nuestras casas tras haber satisfecho todos nuestros deseos. Eso es lo que te aguarda a ti y los tuyos, y nada más.

Aquiles termina sus palabras arrojando con fuerza inaudita la lanza en la que se apoya, el movimiento es tan rápido que Héctor apenas puede esquivarla y siente en su mejilla el roce engañosamente suave del bronce mortal. El hijo de Príamo se rehace, sopesa su arma y la lanza rauda contra su enemigo pero Aquiles se protege tras el escudo y la dura punta se estrella inútilmente contra la fuerte rodela cayendo al suelo. En ese instante Atenea desaparece, revelando ante Héctor el engaño.

—Si hasta los dioses te ayudan a tender trampas y utilizar tretas en lugar de luchar noblemente ¿qué futuro nos aguarda a los simples mortales?

Al tiempo que lanza estas palabras al aire, Héctor desenvaina la poderosa espada que le golpea el muslo y se abalanza contra su enemigo, sin percatarse de que Atenea la ha devuelto a Aquiles la lanza que este arrojara al principio del combate. El pelida aguanta a pie firme el ataque de Héctor, sin retroceder un paso y cuando lo tiene a tiro le ensarta la lanza en la garganta.

—Muere fiero Héctor, porque tu muerte es dulce para mis ojos y verte sangrar alivia mi corazón de la pérdida del fiel Patroclo.

A continuación Aquiles despoja a Héctor de la armadura, enseguida llegan los aqueos y ninguno se priva de herir el cadáver, con lanza o espada, para así compartir la gloria de Aquiles, el matador de Héctor. Este se retira unos pasos para contemplar como el cuerpo de Héctor queda rápidamente convertido en un guiñapo sangriento que ya los perros husmean, tal y como le había prometido a su enemigo. Le acompaña su protectora que ensalza la victoria, vanagloriándose de la forma en que ha engañado al troyano.

—¿Viste sus ojos cuando la lanza le atravesó la garganta? Hasta ese instante no se había percatado de que estaba de nuevo en tu mano. Pobres mortales, que se enfrentan a los dioses pensando que son ellos los que fijan las reglas del juego. Nada puede detenerte ahora, Príamo está destrozado por el dolor y nadie hay en la ciudad que pueda ocupar el lugar de Héctor al frente de las tropas, es le momento de asaltar esas murallas y cumplir con tu destino y mi deseo.

—Matar y arrasar, lo sé, violar, quemar, masacrar, verter sangre de hombres y mujeres por igual, no mirar a niños ni a ancianos, arruinar la ciudad y cubrir las ruinas de una capa de dolor tal que su recuerdo perdure por los siglos de los siglos, porque yo soy la guerra, yo soy el monstruo.